

José Manuel Pedrosa\*

## ⇒ **El otro portugués: tipos y tópicos en la España de los siglos XVI al XVIII**

La presencia de los portugueses, como estereotipo a un tiempo “étnico” y “nacional”, en la cultura y en la literatura españolas de los siglos XVI al XVIII, fue constante. La cercanía geográfica, los intercambios transitorios o permanentes de población a través de la frontera entre los dos países, las complejas relaciones –fluctuantes entre la afinidad cultural y religiosa y la rivalidad política y comercial– que mantuvieron ambos reinos, que en algunos momentos llegaron a encontrarse bajo la autoridad de un mismo monarca, hicieron que sobre la imagen que los españoles construyeron de los portugueses y, al revés, sobre la que los portugueses se hicieron de los españoles, se acumulasen prejuicios y tópicos que hoy, vistos desde la perspectiva que da el tiempo, resultan tan falsos y exagerados como representativos de las ideas más comunes y de las señas de identidad propia y ajena más arraigadas en la mentalidad de la época. Las representaciones del *otro* portugués pueden equipararse, por su recurrencia, riqueza e interés, con las que por aquellos tiempos circularon en España sobre los judíos, los moros, los gitanos, los franceses, los italianos, los ingleses, los turcos, los negros africanos o los indios de América, que fueron los pueblos que por entonces definían las otras *culturas*, los *otros* mundos, las *fronteras* –interiores y exteriores– de tipo político y cultural con las que, en plena andadura expansionista, convivían o tenían contacto los españoles.

No es posible, en el limitado espacio que nos ofrecen estas páginas, hacer una revisión exhaustiva de todas las fuentes literarias que reflejan la presencia de portugueses ni las reacciones culturales que su presencia provocaba en la España de la época. Nos tendremos que conformar con una selección y con un análisis muy parciales, que tengan como objeto principal la atención a un número amplio y representativo de obras y de autores que atestiguaron los conflictos de identidades y de convivencia entre portugueses y españoles. Nuestro enfoque quedará, inevitablemente, limitado a sólo una parte de la cuestión: las ideas que los españoles tenían de los portugueses, y no al revés. Una consideración global y bidireccional del fenómeno requeriría el espacio de un grueso tratado, por lo que me limitaré a dejar solamente apuntado aquí el nombre de un libro excepcional, la *Fastiginia* de Tomé Pinheiro da Veiga, que describe la estancia del caballero portugués y la idea que se hizo y que transmitió de los castellanos de la corte de Valladolid

---

\* José Manuel Pedrosa es profesor titular de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada en la Universidad de Alcalá. Autor o editor de una treintena de libros y de numerosos artículos sobre literatura oral, literatura comparada y antropología cultural. Codirector de las revistas *Oráfrica* y *Culturas Populares*.

de 1603, y que aporta datos riquísimos sobre la consideración propia y mutua que se tenían castellanos y portugueses en un momento central de la historia y en un espacio fundamental de la cultura áurea.<sup>1</sup>

Antes de comenzar, es preciso advertir que existe ya alguna bibliografía crítica, si bien muy dispersa e irregular, sobre las representaciones de los portugueses en el imaginario colectivo y en la literatura de los españoles de los Siglos de Oro, y que la iremos citando a medida que sea preciso traerla a colación. Uno de los pocos estudios que me parece inevitable mencionar ahora es un trabajo de Miguel Herrero, ya antiguo (de 1929, reeditado en 1966), pero absolutamente fundamental, que pasaba revista, a partir de una documentación literaria muy variada y abundante, a todos los grandes tópicos que sobre los portugueses circulaban entre los españoles de la época: su carácter enamorado, apasionado y celoso, su arrogancia, sus ridículas pretensiones nobiliarias, su supuesta valentía, que muchas veces se revelaba falsa y mentirosa y degeneraba en cobardía, su visceral anticastellanismo, su ingenio, cortesía y habilidad para la música y el canto, su asociación con las labores artesanales y con los negocios relacionados con la sastrería, la pañería, etc., o su pertenencia a la clase de los judíos y conversos. Otros autores han abordado la cuestión desde perspectivas más parciales. Frida Weber de Kurlat (1971), por ejemplo, aunque atendió sólo a la presencia del portugués en la literatura del siglo XVI, logró fijar como característicos algunos rasgos coincidentes con los que ya había definido Herrero. Yo propondré ahora un recorrido al mismo tiempo general y sintético, inevitablemente selectivo pero con pretensiones de establecer una pintura amplia y suficiente de las ideas, creencias y prejuicios que sobre los portugueses prevalecían en el imaginario colectivo y en la literatura de los españoles de los siglos XVI al XVIII.

El tópico quizás más común entre los que circularon sobre los portugueses en la España de la época fue el que les atribuía la condición de rendidos y desesperados enamorados, propensos a la enfermedad y aun a la muerte por amor. Resulta curioso apreciar el arraigo de un tópico “amable” (al menos en principio) aplicado a los naturales de un pueblo con el que –como veremos– prevalecían las relaciones de rivalidad y de recelo, cuando no de enemistad y de escarnio mutuos. Aunque tampoco se trata de un fenómeno absolutamente excepcional: recuérdese la corriente de *maurofilia* que impregnó las letras españolas de los siglos XVI y XVII, y que insistió sobre la imagen del moro como galante, fiable y caballeroso amador. Por eso resulta significativo que Calderón, en *El príncipe constante* (vs. 783-800), pusiese frente a frente, en dos de sus figuras protagonistas –el infante don Fernando y el general Muley–, las encarnaciones del portugués y del moro enamorados y valientes.

¿De dónde venía el tópico del portugués galante y enamorado que asomó tantas veces en la literatura castellana de los siglos XVI al XVIII? M.<sup>a</sup> del Pilar Palomo, en un estudio sobre la caracterización del portugués enamorado en el teatro de Tirso de Molina, ha señalado “todo un pasado literario en el que todas aquellas corrientes de la literatura en que se daba un predominio de lo erótico, más o menos ideal o artificioso, habían tenido más repercusión en la literatura lusitana y, solamente a través de ella, en la mayor parte de los casos, se habían derramado por todo el ámbito peninsular” (Palomo 1999: 153).<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Véase Veiga (1989). Sobre este libro, son indispensables las páginas que le dedica Chevalier (1986).

<sup>2</sup> Véanse, sobre el mismo tópico, Herrero García (1966: 167-178) y Brandenberger (2005).

Es probable que, en esta tónica identificación entre lo portugués y lo amoroso, se inmiscuyesen otras dos creencias arraigadas en la época: la del gallego como pueblo estrechamente relacionado cultural y lingüísticamente con el portugués, y enfermizamente propenso, a su vez, a la nostalgia amorosa. Ambos tópicos se detectan juntos, por ejemplo, en el refrán anotado por Gonzalo Correas (1967: 77) “amor, fogo e tose, a su dueño deskobre. Imitado del gallego i portugués”. La figura del trovador gallego Macías, aludido por Pilar Palomo, prototipo del amante fatalmente abrasado en el fuego de la pasión, cantado por los poetas del XV, los dramaturgos del XVII, el romántico Larra y muchos más, ayudó sin duda al fortalecimiento de la tradición que mezclaba indiscriminadamente a portugueses y a gallegos en los asuntos amorosos.

La novela pastoril castellana fue uno de los repertorios que de forma más intensa explotaron el tópico del portugués enamorado. El libro VII de *La Diana* de Jorge de Montemayor, portugués de origen, con los lamentos y las cuitas de las pastoras Duarda y Armia, y con las canciones de amor insertas, sentó un precedente que aprovecharían otras obras del género. Por ejemplo, la novela de pastores en verso *La pastora de Mançanares y desdichas de Pánfilo*, que nos presenta, a partir de su verso 5869, una escena sumamente interesante para nosotros: “Abía un pastorcillo lussitano / que cantaba sonoro y dulcemente. / Allí estaba en el coro soberano / de aquellas pastorcillas, bella jente. / Pánfilo le rogó al pastor loçano, / con apacible agrado y blandamente, / cantase, y el pastor, como discreto, / en su lengua les dijo este soneto”. El *soneto* en cuestión, uno de los más célebres poemas de amor de la literatura peninsular áurea, era el que comenzaba “Ouras brebes de meu contentamento...”. Fue atribuido desde antiguo a Camões y a otros autores (aunque hoy parece que su autor más probable fue el infante don Luis, hijo del rey Manuel I), y llegó a adquirir fama en su traducción al castellano por Pedro de Espinosa en sus *Flores de poetas ilustres*, y también por el conde de Villamediana.<sup>3</sup> Pero lo que nos interesa ahora recalcar a nosotros es que la versión incluida en *La pastora de Mançanares*, aparte de dar cuenta, una vez más, de la relación entre lo portugués y lo amoroso, presentaba un tipo de transliteración burda e incorrecta de las grafías y de las palabras portuguesas, fenómeno que, como seguiremos apreciando, afectó a muchas representaciones e imitaciones de la lengua portuguesa en la literatura española de los siglos XVI al XVIII.

Es muy probable que *Los trabajos de Persiles y Segismunda*, de Cervantes, sea la obra que mejor reflejó –con hábil mezcla de pasión melodramática y de sutil ironía– el tópico del portugués enamorado en la España de los Siglos de Oro. El capítulo I:x de la novela lleva el título *De lo que contó el enamorado portugués* (Cervantes 1992: 98-104), y describe el encuentro de Periandro, Auristela y otros personajes de la ficción cervantina con un joven noble portugués, don Manuel de Sosa Coitiño, que relata su triste historia: cómo pretendió a una hermosísima muchacha cuya extrema juventud (después veremos que los amores adolescentes se consideraban típicos también de los portugueses) obligó a esperar dos años antes de que pudiese contraer matrimonio. Cuando el joven, después de servir aquellos dos años en la milicia, regresó a esposarse con la muchacha, ésta le comunicó a él y a todos los que se hallaban presentes que había decidido conver-

<sup>3</sup> He tomado los textos y datos de Castillo Martínez (en prensa). Véase también Castillo Martínez 2003. Agradezco a José Joaquim Dias Marques sus valiosas puntualizaciones sobre esta composición.

tirse en monja. El joven portugués se volvió entonces loco de dolor y emprendió el penoso deambular que le llevó a expirar frente a Periandro, Auristela y los demás peregrinos.

Más adelante, en el capítulo III:i de la misma novela, otro portugués que había asistido a aquella triste escena vuelve a encontrarse con Periandro, y le informa de algunos hechos que habían acaecido después de la muerte del desdichado joven: “Trújome la buena suerte a mi patria; conté aquí a sus parientes la enamorada muerte; creyéronla, y aunque yo no se la afirmara de vista, la creyeran, por tener casi en costumbre el morir de amores los portugueses”.

Todos los peregrinos se dirigen entonces al túmulo que la familia ha levantado en honor del noble portugués, y leen el correspondiente epitafio que alude de pasada a la enemistad tradicional entre portugueses y castellanos: “Aquí yace viva la memoria / del ya muerto / Manuel de Sosa Coitiño, / caballero portugués, / que a no ser portugués, aun fuera vivo. / No murió a las manos / de ningún castellano, / sino a las del amor, que todo lo puede; / procura saber su vida, / y envidiarás su muerte, / pasajero”. Añade el narrador de la novela: “Vio Periandro que había tenido razón el portugués de alabarle el epitafio, en el escribir de los cuales tiene gran primor la nación portuguesa” (Cervantes 1992: 280-281).

No le faltaba la razón al narrador del *Persiles* cuando afirmaba que los epitafios eran un género típicamente arraigado en la tradición portuguesa, aunque no todos tuvieran relación con la muerte de amor, ni mostraran la sinceridad ni el carácter luctuoso que se supone a este tipo de composiciones: también florecieron las caricaturas paródicas que cristalizaron en lo que se llamó el *epitafio joco-serio*, que tuvo amplio cultivo a ambos lados de la frontera.<sup>4</sup> En cualquier caso, en España fue común la idea de que los portugueses eran especialmente aficionados a este peculiar género literario, lo que dio pie a no pocas parodias. Se conserva, por ejemplo, una breve compilación castellana (del siglo XVII) de ingeniosos y ridículos *Epitafios de algunos sepulcros de la Iglesia Mayor de Lisboa*, de los que reproduzco una sola muestra: “Aqui jaz Vasco Cid Figueira, / Cavalhero portugués muito honrado, / que nem morreo nas guerras, / nem com moiros pelejando, / mas morreo na sua cama, / come home muito fidalgo” (Paz y Meliá 1964: 161-162)

Retomemos el hilo del *amor portugués* que ya en el *Persiles* cervantino se mostraba tan hiperbólico que dejaba traslucir un delicado matiz de ironía, para seguir rastreando sus manifestaciones en otro repertorio esencial en los Siglos de Oro: la canción tradicional. No faltaron, desde luego, las que insistían en la asociación de *lo portugués* con la materia amorosa: una de las canciones más conocidas en la época, fue, sin duda, la que aludía a los juegos galantes con una *portuguesilla* que se insinuaba, una vez más, como muy joven y traviesa (tópicos que se asociaban recurrentemente a las enamoradas lusas): “Que arrojóme la portuguesilla / narangitas de su naranjal, / que arrojómelas y arrojéselas / y bolviómelas a arrojar”.<sup>5</sup>

Ha quedado testimonio de otras canciones que demuestran que el *amor portugués* no era considerado siempre del modo más positivo. En no pocas ocasiones era tachado de falso y de traidor, como muestra uno de los *Villancicos* de Juan Vásquez: “Amor falso,

<sup>4</sup> Hansen 2001. Véase además, sobre el cultivo del género en España, Rodríguez Cacho 1996.

<sup>5</sup> Sobre las abundantísimas fuentes documentales, versiones, recreaciones, contrahechuras, etc., de esta canción, véase Frenk (2003: núm. 1622).

amor falso, / pusísteme en cuydado, / y agora fallecísteme. / Amor falso, / falso y portugués, / quanto me dixiste / todo fue al revés. / Al revés y falso: / pusísteme en cuydado, / y agora fallecísteme” (Frenk 2003: núm. 662).

Tampoco faltaron las canciones que parodiaban las ansias amorosas de los portugueses, como muestra el siguiente ejemplo anotado en el *Vocabulario de refranes* de Correas (1967: 481): “Portugés sevoso, / rrabo de kuchar, / no tiene blanka / i kiérese kasar”.<sup>6</sup>

Esta última cancioncilla anónima y tradicional muestra el adjetivo *sevoso* asociado a *portugués*. El propio Correas dio la siguiente razón: “Los lugares vezinos i las naciones se dan matraka unos a otros diziéndose algunas propiedades o tachas. Llamamos “sevosos” a los portugueses motexándolos de mui enamorados, ke así se derriten ellos kon el amor komo el sevo con el fuego: i porke el sevo derretido es askeroso, se pone en ello la konparazión antes ke en la zera i otra kosa linpia, porke se dize dando vaia; i pasóse la konparazión a sinifikar lo konparado por metonimia”.

La aplicación del epíteto *seboso* al portugués fue absolutamente común en la España de los Siglos de Oro, y la crítica moderna la ha explicado de modo similar a como lo hizo Correas hace siglos: “luego nacerá la estimación caricaturesca junto a la poética, y el tópico del portugués traspasado de amor y ardiendo en su propio fuego, derritiéndose, se concentra en un adjetivo: *seboso*, reiterado incesantemente en la literatura de la época” (Palomo 1999: 153). Recuérdese el pasaje de *El vergonzoso en palacio* (Acto II, vs. 941-944) de Tirso, ambientado justamente en la ciudad portuguesa de “Avero”, en que la doncella, Juana, dice a la dama enamorada: “Pasito, que te derrites; / de nieve te has vuelto sebo. / Nunca has sido, sino agora / portuguesa” (Molina 1982: 104).

Véase también un pasaje de *Los sueños* de Quevedo que calificaba a los enamorados portugueses de “*derritidos*” (aunque no llegue a citar explícitamente el *sebo*), y también de locos (“con muy poquito seso”), otro de los rasgos que tradicionalmente se les asociaba, como veremos: “*La muerte de amores estaba con muy poquito seso*. Tenía, por estar acompañada, porque no se le corrompiesen por la antigüedad, a Píramo y Tisbe embalsamados, y a Leandro y Hero y a Macías en cecina, y *algunos portugueses derritidos*” (Quevedo 1999: 336-337).

Un pasaje de la *Segunda Parte del Lazarillo* de Juan de Luna (1988: 354) resulta especialmente significativo, por cuanto acumula la mención a la *ropería* –ambiente y oficio que se consideraba asociado a los portugueses–, el epíteto *ratiño*,<sup>7</sup> el *sebo* y las *botas*, es decir, varios de los elementos que con más frecuencia se relacionaban con los portugueses: “*Fuime derecho a la ropería*, donde por cuatro reales y un cuartillo compré una capa larga de bayeta, *que había sido de un portugués*, tan raída como rota y descosida. Con ella y con un sombrero, alto como chimenea, ancho de halda, como de fraile francisco, que compré por medio real, y con un palo en la mano me paseaba por el lugar. Los que me veían se burlaban de mí; cada uno me decía su apodo; los unos me llamaban filósofo de taberna; otros: ‘Veis allí a San Pedro vestido en víspera de fiesta’; otros:

<sup>6</sup> Véase, en el mismo lugar, la variante: “Portuguesa, rrabo de kuchar, no tiene blanka i kiérese kasar”. Cfr. Frenk (2003: núm. 1208).

<sup>7</sup> El adjetivo peyorativo *ratiño* debía ser otro de los que se aplicaban comúnmente a los portugueses, como revela el refrán documentado en Correas (1967: 481): “Portugés ratiño, / fáltale para pan i no para vino”. Cfr. Frenk (2003: núm. 1597).

“¡Ah, señor ratiño?, ¿Quiere sebo para sus botas?”. No faltó quien dijese parecía alma de médico de hospital. Yo hacía orejas de mercader, y pasaba por todo”.

Especialistas como Herrero García (1966: 172-178) e Ignacio Arellano<sup>8</sup> han llamado la atención sobre muchos más textos (de Gracián, Tirso, Castillo Solórzano, *Estebanillo González*, Jerónimo de Alcalá, etc.) que insistieron en la calificación despectiva de *sebosos* y de *derretidos* (por amor, claro) aplicada a los portugueses. También Pilar Palomo (1999: 160) ha señalado que “surge en Tirso siempre que se superpone a su admiración un motivo histórico de enemistad”.

Los textos anteriores pueden servir para iluminar un pasaje ciertamente oscuro de *El burlador de Sevilla* (escena II, vs. 1502-1517; 1997: 213-214), aquel en que el Marqués de la Mota y el gracioso Catalinón se refieren equívocamente a las turbias actividades prostibularias que se desarrollaban en la calle de la Sierpe, y traen a cuento las imágenes del amante portugués y de la *cera* derretida: “MOTA: En la calle / de la Sierpe, donde ves / a Adán, *vuelto en portugués* / que en aqueste amargo valle / con bocados solicitan / mil Evas; que aunque dorados, / en efecto, son bocados / con que las vidas nos quitan. CATALINÓN: Ir de noche no quisiera / por esa calle cruel, / pues lo que de día en miel, / *de noche lo dan en cera*. / Una noche, por mi mal, / la vi sobre mí vertida, / *y hallé que era corrompida / la cera de Portugal*”.

El texto de la *Segunda Parte del Lazarillo* (1620) de Juan de Luna que habíamos empezado a comentar nos ofrece todavía otro motivo de gran interés para nosotros: las botas a las que se alude en la frase “¡Ah, señor ratiño?, ¿Quiere sebo para sus botas?”. El *sebo*, efectivamente, era un material esencial para conservar y lustrar las *botas*. Y, por esta vía, la larga secuencia metonímica que alcanza al *portugués enamorado* que se *derrite* como el *sebo* quedaría ampliada a un nuevo eslabón: las *botas* que se asociaron tradicionalmente también a la representación estereotipada del portugués. Toda esta digresiva cadena puede servir para aclarar el pasaje oscuro y controvertido de *Los sueños* de Quevedo (1999: 224) en que toma la palabra Judas: “-¿Por qué te pintan con botas y dicen por refrán “las botas de Judas”? -No porque yo las truje -respondió-, mas quisieron significar poniéndome botas, que anduve siempre de camino para el infierno, y por ser dispenserero; y así se han de pintar todos los que lo son. Ésta fue la causa y no *lo que algunos han colegido de verme con botas, diciendo que era portugués*, que es mentira”.

Ignacio Arellano ha señalado, a propósito de este difícil pasaje de *Los sueños*, que “se plantea en este texto la razón de tal atributo, pero la explicación chistosa que se da implica una serie de asociaciones, por ejemplo, la que niega de ser portugués, debido a cierta peculiaridad vestimentaria de los portugueses, que eran aficionados a las botas altas, según muchos textos mencionan [...] Las botas de Judas aparecen casi siempre que se menciona al apóstol traidor, y muy a menudo asociadas a las botas de los portugueses”.

El propio Arellano ha aducido diversos fragmentos de otros poemas de Quevedo que combinan la alusión a Judas, a las botas y a los portugueses. Por ejemplo, el soneto *A Judas Iscariote, ladrón no de poquito*: “-¿Quién es el de *las botas*, que colgado / es arracada vil de aquel garrote? / -Es Judas, el apóstol Iscariote. / -Habéis *los portugueses* despenado” (1981: núm. 540, vs. 1-4).

<sup>8</sup> Véase su edición de Quevedo (1999: 337, nota 138).

Una de las décimas *A una mujer que besó a un caballero, estando mirando un Judas* suma a todos estos tópicos la alusión al oficio de *lencero*, tradicionalmente asociado a los portugueses, y al *interés* que cobraban los usureros, relacionados también con los portugueses a través de la condición de judíos que a éstos se les solía atribuir: “No habrá en Madrid despensero / a Judas más obligado; / y, por lo que me ha tocado, / le daré bolsa y dinero, / un comprador y un ropero, / botas le daré después; / que, olvidando *el interés / de su talega amarilla*, / le tenga toda la villa / por *lencero portugués*” (Quevedo 1981: núm. 674, vs. 21-30).

Cuatro versos de la *Matraca de los paños y sedas*, también de Quevedo, sumaban al tópico de *las botas de Judas* otros convencionalmente asociados a los portugueses, como más adelante veremos: la locura y las pretensiones de hidalguía: “Acójase a *Portugal*, / y vaya raspahilando / a ser, con *botas de Judas*, / *locura de los fidalgos*” (Quevedo 1981: núm. 763, vs. 45-48).

A los ejemplos traídos a colación por Arellano se podrían añadir algunos más, como los versos del *Poema heroico de las necesidades y locuras de Orlando el Enamorado* del mismo Quevedo (vs. 169-172), que aluden también a otro motivo común de su caracterización tópica: la afición y las dotes musicales que se consideraban propias de los portugueses: “*Portugueses, hirviendo de guitarras*, / arrastrando capuces, vienen listos, / compitiendo la solfa a las chicharras, / y todos con *las botas*, muy bienquistos”.

Otros autores insistieron en el tópico de las *botas portuguesas*, aparte de Quevedo. Lo prueba el siguiente texto del padre Juan de Pineda, que describe a los portugueses como extremadamente parcos en el vestir y en el comer, pero inseparables de sus características botas:

Si el poco gastar fuese falta, más habiades de reiros de los portugueses, que con un sombrero y *unas botas* y una larga capa frisada pasan media docena de años; y merecen por ello ser alabados, pues la honra del hombre no depende del mucho gastar, sino del saber pasar con poco; y por mayor excelencia tengo yo que un caballo con poco comer sea para toda broza, que, comiendo mucho, ser para tan poco como otros.

Cuanto más que si en aquel reino gozasen de una dañosa libertad que tienen los castellanos, de poder vestir como quisiesen, más gastaría entre ellos uno que acá dos, como lo mostraron en la jornada infelice del rey Don Sebastián, que valía más lo que llevaban superfluo en ley de paz que lo necesario en ley de guerra (Pineda 1963-1964: I, 320 [diálogo V:10]).

Todos los tópicos relativos al *amor portugués* se documentan profusamente en el autor del que se ha dicho que tuvo más querencias e influencias lusistas durante los Siglos de Oro: Tirso de Molina. Pilar Palomo (1999: 154) ha defendido la posibilidad, discutida por la crítica, de que Tirso visitase Lisboa en 1619, cuando toda la corte se desplazó a Portugal para asistir al juramento de Felipe IV como príncipe heredero de aquella corona, y ha puesto en relación ese posible viaje con el hecho de que en aquel período estén fechadas sus principales “comedias portuguesistas”, entre las que menciona *Escarmientos para el cuerdo* (1619), *Doña Beatriz de Silva* (1619-1620), *El amor médico* (1618-1620), *Averigüelo Vargas* (1621), *Antona García* (1622), *Por el sótano y el torno* (1623) y *Siempre ayuda la verdad* (1623). La misma autora ha señalado la importancia del tópico del *amor portugués* en otras obras de Tirso, como *Los cigarrales de Toledo*. Para Palomo, una de las características que tradicionalmente se atribuían al *amor portugués*, tal y como Tirso dejó también reflejado, fue la de su carácter repentino, instantá-

neo, que llegaba al extremo de nacer a veces “de oídas”: “Solo será, por tanto, necesario un estímulo mínimo para que brote al exterior. De ahí nace ese ‘amor de oídas’ que Tirso diferencia del amor castellano, y que, teóricamente, expuso en *El vergonzoso en palacio* (I:12): ... nuestra nación portuguesa / esa ventaja ha de hacer / a todas; que porque asista / aquí amor, que es interés, / ha de amar, en su conquista / *de oídas el portugués*, / y el castellano de vista” (1999: 155-156).

Otros rasgos que Tirso, haciéndose eco de una tradición que venía de antiguo, atribuía a los amantes portugueses, eran el de su adolescente precocidad y el de su carácter exageradamente celoso (Palomo 1999: 156-159).

La figura del portugués celoso tenía viejo arraigo en el imaginario y en la literatura española de los Siglos de Oro. Casi cien años antes de su aprovechamiento en la obra de Tirso, en el *Sermón de Aljubarrota* se afirmaba que “a sus propias mujeres en Portugal las guardan de tal manera que en lo más alto de las casas las aposentan, y ellos se ponen a la puerta para recibir los primeros encuentros de quien entrare en casa”.<sup>9</sup>

En relación con las actividades galantes de los portugueses debía estar también el tópico que les señalaba como especialmente dotados para la música, el canto y la danza. En el mismo *Sermón de Aljubarrota* (Paz y Meliá 1964: 69 y 75) hay varias escenas muy significativas:

Acaecio en Yelbes en fin del año de 1524, entrante el de 25, que acompañando a la Serenísima Reina de Castilla Doña Catalina, Don Alonso de Zúñiga, Duque de Béjar, y su yerno Don Francisco de Sotomayor, Marqués de Ayamonte y Conde de Benalcázar, con toda la caballería extremeña, los de Yelbes la recibieron, a la verdad, con mucha gente del reino, pero sacaron una danza que ellos llaman *folía*, la cual guiaba un tejedor que para ello trajeron de un lugar llamado Arronches, el cual, a vueltas de la danza o folía, levantó un cantar que decía: “Ela se vino, ela, / que ningun não fo por ela”.<sup>10</sup>

La pasión de los portugueses por la música y por la danza —especialmente cuando se trataba de galanteo amoroso— fue descrita con tintes a veces tan exagerados que acabaron confluyendo con otro de los rasgos que se les atribuyó tópicamente en la España de los Siglos de Oro: la locura. Una *Carta ridícula de Diego Monfar* es muy significativa al respecto: “El rey de Portugal dicen que vive, y se han holgado tanto los portugueses de esta buena nueva, que *todos andan locos y enamorados; brincan y folixan y cantan mil cantinas*, y ya no se acuerdan de la pérdida de la nao cuando duermen” (Paz y Meliá 1964: 169-171).

Un refrán documentado en la primera mitad del XVI afirmaba que “el español parece cuerdo y es loco. El francés parece loco y es cuerdo. *El portugués parece loco y lo es*. El italiano no parece cuerdo y lo es” (Espinosa 1968: 109). Y en una loa anónima del XVII se ponía al portugués en una compañía más que elocuente: “Ya loco, ya portugués, / ya borracho, ya estudiante” (Cotarelo y Mori 1991: tomo I, vol. 2º, núm. 129).

Otro tópico que circulaba sobre los portugueses en la España de los Siglos de Oro se refería a su carácter presuntamente cortés y ceremonioso. En los vejámenes académicos

<sup>9</sup> *Sermón de Aljubarrota, con las glosas de D. Diego Hurtado de Mendoza*, en Paz y Meliá (1964: 43-81, 53). Sobre los celos “incontenibles y violentos” de los portugueses, véase Herrero García (1966: 159).

<sup>10</sup> Véase además, sobre las dotes para la música y el canto de los portugueses, Herrero García (1966: 163-167).

no era difícil encontrar sátiras contra “los amigos de cumplimientos y lisonjas, como el proverbial portugués” (Carrasco Urgoiti 1988: 55).<sup>11</sup> Tampoco faltan los textos que retratan a los portugueses como agudos, sutiles e irónicos. Correas, en su *Vocabulario de refranes* (1967: 82), insertaba el siguiente cuentecillo: “*E vos, frade, e vos, frade*. Un fraile rreñía a un portugués, i dezíale oprobios; el portugués, a lo sokarrón, a kada dicho rrespondía: ‘E vos, frade’, komo si fuera peor”.

Dejemos aquí momentáneamente de lado al *portugués enamorado*, con todas sus variantes y desarrollos (loco, músico, cortesano) que seguirán asomando marginalmente en los textos que aún nos quedan por conocer, y concentrémonos en otro de los tópicos que sobre los portugueses estuvieron más difundidos entre los españoles del Siglo de Oro: el que hacía alusión, con admiración o con sorna, a su valentía. Así es como la ensalzó Cervantes en su *Persiles* (1992: 320): “Quince años he estado en las Indias, en los cuales, sirviendo de soldado con valentísimos portugueses, me han sucedido cosas de que quizá pudieran hacer una gustosa y verdadera historia, especialmente de las hazañas de la en aquellas partes *invencible nación portuguesa, dignas de perpetua alabanza en los presentes y venideros siglos*”.

También en *El príncipe constante* de Calderón (1996: 115; vs. 849-855), el arrojado Don Fernando, infante de Portugal, se muestra dispuesto a llegar hasta el martirio en defensa de su causa: “¿No somos dos Maestres, dos Infantes, / cuando bastara ser dos portugueses / que asombraron sus lunas y paveses / particulares, para no haber visto / la cara al miedo, pues Avis y Cristo / a voces repitamos / y por la Fe de Dios aquí muramos, / pues a morir venimos”.<sup>12</sup>

Uno de los personajes que de forma más recurrente encarnó la valentía y el ardor guerreros de los portugueses, al menos tal como eran vistos por los españoles del XVI y el XVII, fue la legendaria hornera (*forneira*) lusa que, en la batalla de Aljubarrota (1385) en que las tropas de Juan I de Portugal derrotaron a las de Juan I de Castilla, mató a catorce castellanos con su pala de horno. Así ridiculizaba Gracián (2000: 392) aquel personaje siglos después: “Voz tiene el pueblo... escuchadla un poco y oiréis todos los imposibles no sólo imaginados, pero aplaudidos: oíd aquel español lo que está contando del Cid, cómo de un papirote derribó una torre y de un soplo un gigante; atendé aquel otro francés lo que refiere, y con qué credulidad, de Roldán y cómo de un revés rebanó caballo y caballero armados; pues yo os aseguro que el portugués no se olvide tan presto de la pala de la vitoriosa *forneira*”.

En un ingeniosísimo romance atribuido a Góngora (1998: III, núm. 134) se dan cita muchos de los tópicos que sobre los portugueses circulaban en la época, empezando por la burla de su valentía. Pero, además, en el mismo interesantísimo texto se alude a los oficios de lencero y de comerciante de especias, a la exageración de su pasión amorosa, al epíteto *derretido*, a su proverbial carácter jactancioso, a su patriotismo desaforado y su enemistad con los castellanos, a la destreza con la guitarra y el canto, etc. etc.:

*Vn lencero portugués / rezién venido a Castilla, / más valiente que Roldán / y más tierno que Macías, / en vn lugar de la Mancha / que no le saldrá en su vida, / se enamoró muy des-*

<sup>11</sup> Véase además, sobre “La cortesía portuguesa”, Herrero García (1966: 162-163).

<sup>12</sup> Muchos más ejemplos y comentarios relativos a la valentía tópica de los portugueses en Herrero García (1966: 159-162).

*pacio / de vna bella casadilla, / que, vendiéndole ruán / para cuerpos de camisa, / vna tarde le contó / sus amorosas fatigas. / Escucháuaselas ella / ni muy falsa ni muy fina, / ques en grande alcahuete vn fardo / de olanda y hilo de pita. / Derretido el portugués / al sol de su hermosa vista, / en cada vara que mide / vn palmo le daua encima. / Alabáuale su tierra, / su nación, su fidalguía, / su música, sus regalos, / su espada en África limpia, / prometiéndole en efecto / las especias de la India, / los olores de Lisboa, / y los barros de la China. / Hizieron los dos concierto / de que aquella noche misma, / si el marido fuesse al campo, / campo franco le daría. / Quedóse en casa vna pieça / de ruán y olanda rica, / en rehenes de la junta / de Portugal y Castilla. / Era, la villana, astuta, / y el manchego, de la vida, / y, en saliendo el portugués, / hablaron en su desdicha. / Y, visto bien el proceso, / condenáronle en reuista / en perdimiento de bienes / para gastos de justicia, / y a dos dozenas de palos / con vna tranca de enzina, / guardándole la cabeça / a honor de su fantasía. / A dos horas de la noche / se escondió la bella Cinthia, / quando el portugués / y el cielo / de vayeta se cubrían. / Tomó su espada y guitarra, / y entre vna y otra requinta, / a suspiros fue templando / desde el bordón a la prima. / Puesto en la calle, mirando / a las ventanas de arriba, / a su dama reconoce, / que le cecea y le silua, / y, entonando la garganta, / suspiros y voz caminan / al ayre, y a quien también / le escucha muerto de risa”.*

El romance termina de manera catastrófica para el enamorado portugués. Tras varias canciones y romances que glosaban pies anti-castellanos tan representativos como “Castejano malo, / el soberuo castejano” y “Pois que Madanela / remedia meu mal, / viua Portugal / e morra Castella”, acuden a la ronda el sacristán, el boticario y el barbero, cuyas canciones y requiebros no pueden impedir que la mujer llame adentro al portugués. Pero apenas se desnuda éste, aparece el otro conspirador con una “verde y ñudosa tranca” con que le mide las espaldas. El portugués huye apaleado, en camisa y saqueado, y queda por cobarde, imbécil y ridículo.

Este romance atribuido a Góngora no es más que una versión poética de un tipo narrativo que no era desconocido en la tradición áurea. Manuel V. Diago, autor de un fino estudio sobre la figura del portugués en el teatro cómico español e hispanoamericano de los siglos XVI al XVIII, ha señalado, en efecto, que “el portugués suele ser maltratado no sólo de palabra, también de obra. Así ocurre, por ejemplo, en las piezas de Timoneda contenidas en la *Turiana*: en la *Paliana* es golpeado por el simple, que ignora que el portugués se ha escondido en una estera; en la *Aurelia* el vizcaíno y sus compinches le gastan una pesada broma; y en la *Rosalina* la criada no tiene otra feliz idea, para apagar sus ardores amorosos, que arrojarle un balde de agua. Por otro lado, en *El portugués* de Jerónimo de Cáncer, nuestro sujeto será burlado, apaleado y robado por una avispada dama madrileña y sus compinches. La paliza que recibe Marcos Figueiras, por tanto, se ajusta también a la norma” (Diago 1991: 48-49).

El propio Diago ha estudiado en profundidad *El amor de la estanciera*, un sainete anónimo –protagonizado por el Marcos Figueiras recién mencionado– escrito en la Argentina en el siglo XVIII, que presenta al portugués revestido de todos los tópicos que le habían adornado en la tradición española desde el siglo XVI: la fanfarronería, la ostentuosidad, la cobardía, la jactancia de su parentesco con el rey de Portugal, el oficio de vendedor de “cintas y lencería”, el odio a los castellanos, los ramalazos judaicos, la conversación en una mala y disparatada imitación del portugués, la afición al canto y a la música y, como no podía ser menos, la muerte de amor.

La supuesta belicosidad y el anticastellanismo militante de los portugueses no despertaba ninguna simpatía, como es lógico, al otro lado de la frontera. No dejó de haber,

en cualquier caso, espíritus bienintencionados que abogaron por el entendimiento y por la comprensión entre los naturales de ambas naciones, y que pretendieron desmontar esos tópicos, como sucedió con el padre Pineda, que en uno de sus *Diálogos familiares de la Agricultura Cristiana* hizo todo un canto a la concordia y deslizó un dicho mitad en portugués y mitad en castellano que pretendía poner en cuestión la rivalidad belicista entre ambas naciones: “Portugal com Castilla non quer guerra, y Castilla con Portugal no quiere mal” (Pineda 1963-1964: Vol. V, 219).

Este tipo de espíritu conciliador no fue lo que más abundó. El ansia de independencia de los portugueses chocaba con otro de los tópicos que acerca de ellos tuvieron más firme arraigo en la España de los Siglos de Oro: la consideración de que portugueses y españoles pertenecían a lo que Miguel Herrero denominó una misma “unidad racial”. Este ansia de identificación –por parte española, naturalmente– de ambas naciones se halla reflejada en frases como las pronunciadas por un personaje de la *Comedia del Rey Don Sebastián* de Vélez de Guevara, que se declaraba a un tiempo “español y portugués”, o por otro de *El bastardo de Ceuta*, de Juan de Grajales, que proclamaba que “soy portugués español” (Herrero García 1966: 141-147). Obviamente, este tipo de afirmaciones estaban lejos de tranquilizar a los siempre celosos de su independencia portugueses, y seguramente fomentaban el recelo y la inquina viscerales hacia los españoles (Herrero García 1966: 149-154). La enemistad mutua ha quedado muy bien reflejada en un pliego de cordel castellano en que *se refiere el mal trato que a tres Asturianos dieron algunos portugueses cortándoles las orejas...* El pliego increpaba duramente a los portugueses por la crueldad del trato que supuestamente dieron a los prisioneros españoles: “A Lusitanos. / Si acaso / tan infame trato os diessen, / de España que no dirian / vuestros estylos soeces? / Pena del tanto por tanto, / vuestros hechos no merecen? / Si merecen, pero España / perdona al paso que vence...”.

María Cruz García de Enterría, aguda comentarista de este pliego, ha llamado la atención sobre el hecho de que una relación manuscrita acerca de una batalla entre hugonotes franceses (a los que se acusaba de ofender la Eucaristía) y españoles contuviera unas décimas que llevaban este título: “Aviendo el exercito de su Magestad vencido en una vatalla a los Françeçes, por lo que hicieron en Jirlemont, les cortaron las orejas y nariçes y en la fiesta que la çiudad de Sevilla hiço en desagravio del Sanctísimo Sacramento se hiçieron las siguientes deçimas” (García de Enterría 1973: 298-299). Como podemos apreciar, las imprecaciones y censuras de los españoles contra los portugueses por el hecho de que diesen malos tratos a los prisioneros no dejaron de tener su otro (y oscuro) lado de la moneda.

La enemistad entre portugueses y castellanos fue muchas veces pintada con trazos dramáticos como los anteriores, pero también, en muchas otras ocasiones, con tintes sumamente ridículos. En el *Sermón de Aljubarrota* se contaba la historia de un caballero portugués que vivía en la Extremadura castellana y que mandó arrojar su barba rapada al río Guadiana con tal de que, en vez de morir entre castellanos, lo hiciese en Portugal:

Otro semejante se vio en la misma ciudad el año pasado de 1537, que viniendo un caballero portugués de Guadalupe, en llegando a la ciudad, mandó que le trajesen un barbero para se hacer la barba, y avisó que no le trajesen castellano, sino portugués. El cual se llamaba Mendo López, y era tal, que más ganaba a hacer clines a mulas que a hacer barbas a fidalgos, y traído ante el caballero le dijo: –Maestro, eu quero ir fresco a Portugal, que ya me dan los

ayres de lá, e quero me fagades a barba muyto bien aconchada; e miray que não me ose fiar de barbero castesao, porque todos son judeos e vilaos, e não quise poner miña barba en poder de tan ruin gente-. Y el maestro hizo su barba y recibió en pago cuatro veintenes. El cual dijo al caballero: -Señor, pois vosa mercede teyn tanta enemistade con estes castesaos, voto fazo a Deus que vosa barba não a de morrer en Castela, se não que morra en Portugal. Eu la coger que não quede nin migalla de cabelo, e saliremos a a ponte, e pinchalla emos en Guadiana, que vaya crecida, e yrá a morrer a Mertola-. Y el caballero dijo: -Voto a Deus, que decís muyto ben; e porque procurades miña onrra, tomay otros cuatro veintenes-. Y así fue echada la barba en Guadiana porque no muriese entre castellanos (Paz y Meliá 1964: 49).

Aunque atender a la cuestión nos obligue a un largo excursus, merece la pena señalar aquí que el que este hidalgo portugués atribuyese a los castellanos la condición de “judeos e vilaos”, era justamente lo contrario de lo que sucedía en Castilla, donde, a lo largo de los siglos XVI y XVII, se creyó comúnmente que muchos de los portugueses que llegaban para establecerse en España eran criptojudíos que habían tenido que dejar su patria debido a la persecución inquisitorial. La cuestión ha sido ampliamente tratada por los historiadores, pues se conservan abundantes testimonios y legajos inquisitoriales que dan fe de la persecución de la Inquisición española contra los criptojudíos o supuestos criptojudíos portugueses instalados en España.<sup>13</sup> Especialmente interesantes, desde el punto de vista literario, son las oraciones confesadas (muchas veces en portugués o en mezclas de castellano y portugués) por los procesados del Santo Oficio, porque nos ofrecen algunos de los testimonios de este género literario más interesantes de los que quedaron documentados en los Siglos de Oro.<sup>14</sup> Muy significativas son también algunas sátiras poéticas contra los artesanos portugueses a los que solía calificarse soterrada o explícitamente de judíos y de conversos, como se aprecia claramente en el romancillo de *El bonetero de la trapería*, documentado en la comedia *El alcaide de sí mismo* de Calderón, en un volumen de *Poesías varias de grandes ingenios españoles* (1654) de Josef Alfay, y en la tradición oral moderna.<sup>15</sup> Sobre los oficios “de aguja” (muchas veces asociados también a los artesanos judíos) relacionados con los portugueses hizo sustanciosos comentarios Miguel Herrero, que aportó muchos textos que presentaban a los portugueses caracterizados como “mercaderes de paños, lienzos, hilo y quincalla”, y como comerciantes, especialmente, de lo que llegó a conocerse con el nombre de “hilo portugués”: *Los locos de Valencia* y *El enemigo engañado* de Lope, *La guarda cuidadosa* de Cervantes, *No puede ser* de Moreto, la *Comedia Florinea* de Juan Rodríguez Florián, *No le arriendo la ganancia* de Tirso, *Marcos de Obregón* de Espinel, poesías de Argensola, etc. El mismo Herrero García (1996: 133-141) ha documentado textos de Mira de Amescua, Lope, Salas Barbadillo, Cristóbal de Fonseca, Jerónimo de Barrionuevo y muchos otros que muestran a los portugueses como comerciantes de perfumes, especias y tabaco, y alguno más que los presenta como banqueros, oficios que se solían relacionar con los judíos o

<sup>13</sup> Al respecto, véase el completísimo libro de Pulido (2002), que ofrece una amplísima bibliografía sobre la cuestión.

<sup>14</sup> Véase al respecto Pedrosa (2000), especialmente los capítulos I y II, así como la amplia bibliografía citada en ellos.

<sup>15</sup> Sobre este romancillo, con sus crípticas alusiones e invectivas contra los judeoconversos portugueses y su sorprendente vida tradicional, pueden verse Catalán (1970), Cid (1977) y Pedrosa (1995).

con los conversos. También con los portugueses, y en especial con la villa portuguesa de Estremoz, se relacionó, durante el Siglo de Oro, el barro que las mujeres españolas comían para adquirir el color pálido que en aquella época se consideraba estéticamente ideal. El barro se podía comer en pastillas mezcladas con azúcar y con ámbar, o rompiendo vasijas, entre las que eran especialmente apreciadas los búcaros de la villa portuguesa.<sup>16</sup>

Retomemos otra vez la cuestión de la valentía y de las dotes bélicas, verdaderas o supuestas, ensalzadas o ridiculizadas, de los portugueses. Si ingenios de la talla de Calderón o de Cervantes se hicieron eco de la tradición de cariz más positivo, tampoco faltaron los textos literarios castellanos que se refirieron como casi proverbial a la cobardía de los portugueses. A comienzos del siglo XVI, una carta del conde de Tendilla utilizaba la comparación, posiblemente bien acuñada en el lenguaje coloquial de la época, de “ser cobarde como portugués” (Moreno Trujillo 2001: 61). Y un brevísimo chiste del que se hizo eco Garibay se burlaba con cortante ironía de la cobardía lusa: “Decía un portugués: De que me vejo armado, de mí mesmo he medo”.<sup>17</sup> En muchos otros textos, la valentía tópica del portugués se había deshinchado y convertido en hueca arrogancia y en fatuo anti-castellanismo, tal y como mostraba el personaje de la *Comedia Tineleria* de Bartolomé de Torres Naharro: “Eu vos fundo / e vos concedo o segundo, / que Sevilla he muyto boa; / mais Sevilla e tudo o mundo / he merda para Lisboa” (Jornada II, vs. 65-69; 1990: 125).

En *El vergonzoso en palacio* (Acto III, vs. 911-912), de Tirso, doña Serafina le dice a Antonio: “Muy colérico sois”. Y él responde: “Es / condición de portugués” (Molina 1982: 138). Una apócrifa *Carta que se halló en la faldriquera a un portugués difunto que murió en el avance del castillo del fuerte de San Cristóbal de Badajoz la vispera de San Juan, 23 de junio 1658*, dirigida a su mujer, estaba llena de autoalabanzas sobre los propios coraje y destreza guerrera, y de fanfarronadas y pullas contra sus oponentes castellanos. El que la carta se encontrase entre los bienes del portugués muerto en combate constituía, lógicamente, una más que irónica contradicción (Paz y Meliá 1964: 129). María Soledad Carrasco Urgoiti, en un estudio magistral sobre las reelaboraciones de cuentos tradicionales que pueden detectarse en el *Marcos de Obregón* de Espinel (1990: 138-139), ha estudiado “una transposición al plano antropomórfico y casi podríamos decir costumbrista del cuento Tipo 202 de Aarne-Thompson, en que dos cabras testarudas, avanzando en direcciones opuestas, coinciden en un puente y caen al agua, por no querer ninguna de las dos ceder el paso a la otra. En las memorias de Marcos, un Magnífico de la República de Venecia y un caballero portugués protagonizan la anécdota, que se califica de cuento pero se da como vista en circunstancias y lugar muy precisos por un narrador que recuerda gestos y detalles de indumentaria (II, 167-169)”.<sup>18</sup>

La tópica arrogancia de los portugueses llegaba al extremo de presentarles muchas veces jactándose de parentesco con el propio linaje real portugués, e incluso, a veces, con el mismo Dios, tal como muestra uno de los ocho chistes de sátira antiportuguesa que fueron incluidos en la *Floresta española* (1730) de Francisco Asensio: “Porfiaban un portugués y un castellano sobre pasar un río, y dijole el castellano: –Pues pase primero el

<sup>16</sup> Sobre la costumbre de comer barro y su relación con Portugal, véanse los reveladores comentarios introductorios de Stefano Arata (en Vega 2000: 30-35); y también Pedrosa (2003).

<sup>17</sup> *Cuentos de Garibay*, en Paz y Meliá (1964: 213-222, 220).

<sup>18</sup> Sobre el carácter arrogante de los portugueses, véase también Herrero García (1966: 154-158).

que fuere cristiano más viejo; y dijo el portugués: –Eu pasu, que seu parente de Christu. Replicóle el castellano: –¿Luego usted es judío? –Naon –respondió el portugués–, que o parentescu e por parte da divinidad” (Asensio 1973: 65).

Las pretensiones linajudas de los portugueses fueron ridiculizadas una y otra vez en España, tal y como se aprecia en obras del tipo del *Sermón de Aljubarrota*, llenas de burlas al respecto. La misma *Floresta española* de Asensio nos ofrece el siguiente ejemplo: “Había en Lisboa un portugués muypreciado de caballero, siendo de corto linaje, que le llamaban Juan de Silva; y habiendo mandado el rey que nadie entrase en la Audiencia que no fuese caballero, entró un portugués, y preguntándole el rey si era caballero, respondió: –No, señor; pero soy vecino del licenciado Juan de Silva” (Asensio 1973: 63).

Ya hemos advertido antes que una de las causas de recelo y de las invectivas más comunes de los castellanos contra los inmigrantes portugueses del XVI y del XVII era la que se burlaba de su supuesta sangre judía o conversa. Pero hubo otros sucesos y prejuicios que reforzaron la inquina contra ellos. Por ejemplo, el hecho de que, a raíz del golpe de estado y de los gravísimos disturbios políticos que tuvieron lugar en Portugal en 1640, muchos nobles y burgueses lusos vinieran a refugiarse en España, donde les fueron asignadas generosísimas pensiones que provocaron la indignación y la envidia de los españoles.<sup>19</sup>

Cerca ya de la conclusión de este trabajo, es imprescindible atender de modo específico a uno de los rasgos más comunes –lo hemos visto ya aflorar por aquí y por allá– de los que acompañaron a la caracterización tópica de los portugueses en los Siglos de Oro españoles: las imitaciones y las recreaciones defectuosas y arbitrarias de su lengua. Salvo muy raras excepciones, el modo de hablar de los portugueses en los poemas, en los relatos, en la escena española de aquel tiempo era fonética y gramaticalmente incorrecta, cuando no abiertamente disparatada. La lengua puesta en boca de los personajes portugueses no era casi nunca lo que podríamos llamar “el portugués de Portugal”, sino una especie de jerga ridícula y deformada, plagada de errores y de clichés, apta sólo para el consumo del ignorante público español. Abundaron los chistes y equívocos, las correcciones e hipercorrecciones, las chanzas y parodias al respecto.<sup>20</sup> Cervantes advertía de que *El licenciado Vidriera* “con los que se teñían las barbas tenía particular enemistad; y, riñendo una vez delante dél dos hombres, que el uno era portugués, éste dijo al castellano, asiéndose de las barbas, que tenía muy teñidas: –¡Por istas barbas que teño no rostro...! A lo cual acudió Vidriera: –¡Ollay, home, naon digáis teño, sino tiño!” (Cervantes 1994: 672).

Y en *El burlador de Sevilla* se inserta otro chiste de este tipo dentro de un equívoco diálogo entre Don Juan y el Marqués de la Mota a propósito de una prostituta: “MOTA: Es lástima vella / lampiña de frente y ceja, / llámala el portugués *vieja*, / y ella imagina

<sup>19</sup> Sobre todos ello, véase Valladares (1995; 1998a; 1998b; 2000 y 2001).

<sup>20</sup> Ya a finales del siglo xv, Fernando del Pulgar se burlaba de lo que costaba a los españoles dominar la lengua portuguesa. En su carta XXX, dirigida a don Pedro Portocarrero, señor de Palma del Río, decía con sorna: “Dize asimismo vuestra merced que [...] os cuesta saber la lengua portoguesa tanto como al conde de Castañeda la morisca cuando se rescató de la prisión de los moros. Ciertamente, señor, amos comprastes caro, porque ni la una lengua ni la otra valen la mitad de lo que costaron...”. Véase el pasaje y su comentario en Pontón (2002: 201).

que *bella*. / DON JUAN: / Sí, que *velha* en portugués / suena *vieja* en castellano” (Molina 1997: 195; Jornada II, vs. 1210-1215).

Correas, en su *Vocabulario de refranes*, dejó amplia constancia del maltrato y de la burda castellanización que solía sufrir la lengua portuguesa cuando era imitada o recreada entre españoles. Tras anotar el refrán “Adiante komo o Rrei de Portugal”, añadía “usámosle imitando al portugés” (1967: 63). Y de su transcripción del refrán “*Ka e lá, malas fadas á. Portugés*”, ha señalado su editor, Louis Combet, que “mezcla Correas el refrán portugués *Ca e la, más fadas há* (vid. P. D. Bento Pereyra, *Florilegio* p. 99a) con su traducción castellana” (Correas 1967: 68).<sup>21</sup>

Cerramos ya nuestro recorrido tras las huellas y rastros que los portugueses dejaron en la literatura y en el imaginario colectivo de los españoles de los siglos XVI al XVIII con una reflexión que no podía faltar una vez llegados a este punto: los prejuicios y tópicos que sobre ellos se acumularon fueron –como siempre resultan ser los estereotipos “étnicos” o “nacionales”– falsos y mentirosos, (mal)intencionadamente exagerados y deformados, hijos siempre de la desinformación y muchas veces de la mala fe. La *visión del otro* que en relación con los portugueses prevaleció en la España de los siglos XVI al XVIII estuvo basada en percepciones y en prejuicios que formaban y forman parte del repertorio de motivos flotantes, migratorios, con que cada pueblo puede cargar contra cualquier *otro* que tenga cerca, con el que esté en contacto, o que de algún modo compita por el mismo o por el contiguo espacio vital. La mejor prueba de ello es que conocemos muchos chistes que en la España de la época se utilizaron contra los portugueses y que en otros países y tiempos fueron blandidos contra pueblos diferentes. Sabemos, por ejemplo, que en el *Sermón de Aljubarrota* hay cuentos ridículos y obscenos protagonizados por portugueses que han seguido vivos en la tradición folclórica moderna, pero con protagonistas no portugueses y desvinculados de cualquier referencia lusa (Iglesias Ovejero 1994: 556-557). Sabemos, también, que uno de los cuentos de Juan de Arguijo, protagonizado por un portugués belicoso y sin seso, tiene diversos paralelos árabes, aparte de otro protagonizado por un gallego en la *Floresta española* de Santa Cruz, y de uno más, sin especificación de la nacionalidad del protagonista, en la *Floresta* de Francisco Asensio (Granja 1972: 137-140). Conocemos un cuento sobre portugueses anotado por el portugués Pinheiro da Veiga en el Valladolid de 1603 que decía así: “El rey de Portugal, faltando la verdad en su reino, mandó por ella a un embajador y diéronle en Castilla un servicio muy empapelado, diciendo que le llevasen, que era muy sutil. Abriéndole delante del rey, dijo él: –Por vida mía, reina, que huele a mierda. El embajador metió la mano y dijo: –Juro a Dios que es verdad. Y así quedó la verdad en Portugal” (Veiga 1989: 231).

Maxime Chevalier ha demostrado que este relato es, en realidad, una versión del cuento 910G (“*Los polvos de adivinar*”) del catálogo universal de Aarne y Thompson, y que tiene paralelos no sólo en los *Cuentos* de Juan de Arguijo, en el *Bureo de las Musas de Turia* de Jacinto Alonso Maluenda y en la *Tercera parte de Guzmán de Alfarache* de

<sup>21</sup> Elvezio Canonica (1990 y 1991) ha estudiado la calidad lingüística de la lengua portuguesa que se refleja en las obras de Lope, llegando a la conclusión no sólo de que fue ganando en calidad con el tiempo, sino también de que mejoró en paralelo a la caracterización de los personajes portugueses de Lope. Véase, además, Herrero García (1996: 147-149).

Félix Machado de Silva, sino también en las tradiciones antiguas francesa, alemana e italiana, y en el repertorio oral moderno, donde los portugueses no aparecen ni por asomo. Su asociación a la nación lusa en la versión de Pinheiro da Veiga fue, por tanto, transitoria y fugaz (Chevalier 2002: 122-124).

Finalmente, el padre Feijoo recordó y comentó así, en su *Teatro crítico universal*, un chiste sobre un portugués: “En la ciudad de Santiago se refiere que un portugués, yendo a ver nuestro gran monasterio de San Martín, que hay en aquella ciudad, y notando la desproporción de la puerta general, que es muy pequeña respectivamente a la escalera inmediata, obra majestuosa, de grande magnitud y hermosura, dijo con donaire: *Estos padres, como estiman tanto la escalera, y ella, sin duda, lo merece, hicieron la puerta tan pequeña porque no se les escape por ella*. Este dicho viene a ser el mismo, aunque invertida la materia, de Diógenes a los Mindianos, cuya ciudad era pequeña, pero las puertas de ella muy grandes. Advirtióles Diógenes que las cerrasen porque la ciudad no se escapase por ellas” (Feijoo 1975: 76).

El hecho de que de los relatos que en la España de los siglos XVI al XVIII aludían a portugueses se conozcan versiones de épocas y países diferentes que no aluden a Portugal ni a sus naturales, demuestra que muchos de los tópicos y chistes que sobre ellos corrieron en los Siglos de Oro eran simples y fugaces adaptaciones de motivos folclóricos de arraigo más amplio, y prueba que su estudio ha de hacerse dentro de un marco general que interprete su especificidad en relación con las *visiones del otro* que en todas partes revisten formas y desarrollos parecidos, aun cuando se apliquen a pueblos y a personas diferentes.

## Bibliografía

- Anónimo y Juan de Luna (1988): *Segunda Parte del Lazarillo*, ed. P. M. Piñero. Madrid: Cátedra.
- Asensio, Francisco (1973): *Floresta española de agudezas*. Madrid: Atlas.
- Brandenberger, Tobias (2005): “La construcción cultural de lo otro: personajes portugueses en el teatro áureo español”. En: Fourtané, Nicole/Guiraud, Michéle (eds.): *L’identité culturelle dans le monde luso-hispanophone*. Nancy: Presses Universitaires de Nancy, pp. 361-371.
- Calderón de la Barca, Pedro (1996): *El príncipe constante*, eds. F. Cantalapiedra y A. Rodríguez López-Vázquez. Madrid: Cátedra.
- Canonica de Rochemonteix, Elvezio (1990): “Tirso contra Lope: imitación irónica de *La Portuguesa y dicha de forastero* en *El amor médico*”. En: *Revista de Literatura*, 52,104, pp. 375-407.
- (1991): *El poliglotismo en el teatro de Lope de Vega*. Kassel: Reichenberger.
- Carrasco Urgoiti, María Soledad (1988): “La oralidad del vejamen de Academia”. En: *Edad de Oro*, 7, pp. 49-57.
- (1990): “Notas sobre oralidad y función del cuento tradicional en Vicente Espinel”. En: *Bulletin Hispanique*, 92, pp. 125-140.
- Castillo Martínez, Cristina (2003): “*La pastora de Mançanares y desdichas de Pánfilo* (ms. 189 BNM). Un libro de pastores desconocido”. En: *Rivista di Filologia e Letterature Ispaniche*, 6, pp. 107-132.
- (ed.) (en prensa): *La pastora de Mançanares y desdichas de Pánfilo*. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- Catalán, Diego (1970): “El bonetero de la Trapería”. En: *Por campos del romancero: estudios sobre la tradición oral moderna*. Madrid: Gredos, pp. 283-301.

- Cervantes, Miguel de (1992): *Los trabajos de Persiles y Segismunda*, ed. J. B. Avallé-Arce. Madrid: Castalia.
- (1994): *El licenciado Vidriera*. En: *Galatea. Novelas ejemplares. Persiles y Segismunda*, ed. F. Sevilla Arroyo y A. Rey Hazas. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, pp. 645-679.
- Cid, Jesús Antonio (1977): “Calderón y el romance de *El bonetero de la Traperia*”. En: *Hispanic Review*, 45, pp. 421-434.
- Correas, Gonzalo (1967): *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*, ed. L. Combet. Bordeaux: Université du Bordeaux.
- Cotarelo y Mori, Emilio (1911): *Colección de entremeses, loas, bailes, jácaras y mojigangas*. 2 Vols. Madrid: Bailly Baillière.
- Chevalier, Maxime (1986): “Le gentilhomme et le galant. A propos de Quevedo et de Lope”. En: *Bulletin Hispanique*, 88, pp. 5-46.
- (2002): “Quince cuentos jocosos”. En: *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, 57, pp. 121-138.
- Diago, Manuel V. (1991): “Una máscara del teatro renacentista: *el portugués enamorado*, de las orillas del Tajo a las riberas del Plata”. En: *Criticón*, 51, pp. 43-49.
- Espinosa, Francisco de (1968): *Refranero (1527-1547)*, ed. E. D. O’Kane. Madrid: Real Academia Española [Anejo XVIII del *Boletín de la Real Academia Española*].
- Feijoo, Fray Benito Jerónimo (1975): *Teatro crítico universal*, ed. A. Millares Carlo. Madrid: Espasa-Calpe.
- Frenk, Margit (2003): *Nuevo Corpus de la antigua lírica popular hispánica (siglos XV a XVII)*. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- García de Enterría, María Cruz (1973): *Sociedad y poesía de cordel en el Barroco*. Madrid: Taurus.
- Gracián, Baltasar (2000): *El Criticón*, ed. S. Alonso. Madrid: Cátedra.
- Granja, Fernando de la (1972): “Tres cuentos españoles de origen árabe”. En: *Al-Andalus*, 37, pp. 123-141.
- Góngora, Luis de (1998): *Romances*, ed. A. Carreira, 4 Vols. Barcelona: Quaderns Crema.
- Hansen, João Adolfo (2001): “Apresentação dos epítáfios joco-sérios portugueses e castelhanos”. En: *Signum. Revista da Abrem, Associação brasileira de estudos medievais*, 3, pp. 75-99.
- Herrero García, Miguel (1966): *Ideas de los españoles del siglo XVII*. Madrid: Gredos.
- Iglesias Ovejero, Ángel (1994): “Paremiología: diez motivos de pícaros y necios en la literatura clásica y en la tradición oral salmantina”. En: Cerdan, Francis (ed.): *Hommage à Robert Jammes*. Toulouse: Presses Universitaires du Mirail, pp. 553-567.
- Molina, Tirso de (1982): *El vergonzoso en palacio*, ed. E. Hesse. Madrid: Cátedra.
- Molina, Tirso de (atribuido a) (1997): *El burlador de Sevilla*, ed. A. Rodríguez López-Vázquez. Madrid: Cátedra.
- Moreno Trujillo, M.<sup>a</sup> Amparo (2001): “La perfecta simbiosis de un humanista: la correspondencia del conde de Tendilla, entre la erudición y la cultura popular”. En: *Signo*, 8, pp. 35-77.
- Palomo, María del Pilar (1999): “El amor portugués en Tirso de Molina”. En: Palomo, María del Pilar (ed.): *Estudios tirsistas*, Málaga: Universidad de Málaga, pp. 153-161.
- Paz y Meliá, Antonio (ed.) (1964): *Sales españolas o agudezas del ingenio nacional*. Madrid: Atlas [BAE CLXXVI].
- Pedrosa, José Manuel (1995): “El macho de Juan de Mena, el romancillo de *El bonetero y su caballo* y más caballos enfermos en la tradición folclórica”. En: *Las dos sirenas y otros estudios de literatura tradicional (De la Edad Media al siglo XX)*. Madrid: Siglo XXI, pp. 3-34.
- (2000): *Entre la magia y la religión: oraciones, conjuros, ensalmos*. Oiartzun: Sendoa.
- (2003): “Geofagia y literatura: de la tradición antigua y Lope de Vega a García Márquez y Galeano”. En: Torre, Esteban (ed.): *Medicina y Literatura III Actas del III Simposio Interdisciplinar de Medicina y Literatura*. Sevilla: Padilla Libros Editores & Libreros, pp. 289-300.

- Pineda, Juan de (1963-1964): *Diálogos familiares de la Agricultura Cristiana*, ed. J. Meseguer, 5 Vols. Madrid: Atlas.
- Pontón, Gonzalo (2002): *Correspondencias. Los orígenes del arte epistolar en España*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Pulido, Ignacio (2002): *Injurias a Cristo: religión, política y antijudaísmo en el siglo xvii*. Alcalá de Henares: Universidad.
- Quevedo, Francisco de (1964): *Poema heroico de las necesidades y locuras de Orlando el Enamorado*, ed. M. E. Malfatti. Barcelona: Sociedad Alianza de Artes Gráficas.
- (1981): *Poesía original completa*, ed. J. M. Blecua. Barcelona: Planeta.
- (1999): *Los sueños*, ed. I. Arellano. Madrid: Cátedra.
- Rodríguez Cacho, Lina (1996): “Los epitafios curiosos en las misceláneas”. En: Arellano, Ignacio *et al.* (ed.): *Studia Aurea. Actas del III Congreso de la AISO (Toulouse, 1993)*. Toulouse-Pamplona: GRISO-LEMSO, pp. 435-446.
- Torres Naharro, Bartolomé de (1990): *Comedias*, ed. D. W. McPheeters. Madrid: Castalia.
- Valladares Rafael (1995): *Felipe IV y la Restauración de Portugal*. Málaga: Algazara.
- (1998a): “De ignorancia y lealtad. Portugueses en Madrid, 1640-1670”. En: *Torre de los Lujanes*, 37, pp. 133-147.
- (1998b): *La rebelión de Portugal, 1640-1680: guerra, conflicto y poderes en la monarquía hispánica*. Valladolid: Junta de Castilla y León.
- (2000): *Portugal y la monarquía hispánica, 1580-1668*. Madrid: Arco Libros.
- (2001): *Teatro en la guerra: imágenes de príncipes y restauración de Portugal*. Badajoz: Diputación Provincial.
- Vega, Lope de (2000): *El acero de Madrid*, ed. Stefano Arata. Madrid: Castalia.
- Veiga, Tomé Pinheiro da (1989): *Fastiginia. Vida cotidiana en la corte de Valladolid*, ed. N. Alonso Cortés. Valladolid: Ayuntamiento de Valladolid/Ámbito.
- Weber de Kurlat, Frida (1971): “Acerca del portuguesismo de Diego Sánchez de Badajoz (portugueses en las farsas españolas del siglo xvi)”. En: Kossoff, A. David/Amor y Vázquez, José (eds.): *Homenaje a W. L. Fichter: Estudios sobre el teatro antiguo hispánico y otros ensayos*. Madrid: Castalia, pp. 785-800.